

"TE ENSEÑARÉ DIFERENCIAS"

—El problema de la comprensión en el segundo Wittgenstein—

TATIANA BALISTRERI*

RESUMEN

Este artículo pretende mostrar, a partir del análisis del proceso psicológico de la comprensión, cómo la filosofía en el segundo Wittgenstein consiste, ante todo, en la descripción de casos particulares.

El trabajo está dividido en dos partes. En la primera se exponen casos que hacen evidente la imposibilidad de dar una definición del término comprender; en la segunda se estudian otros que revelan la tendencia a explicar el fenómeno de la comprensión como un mecanismo o proceso mental, lo cual para Wittgenstein, era un gran error.

Este texto quiere, más que problematizarlo, ejemplificar el método filosófico propuesto por Wittgenstein.

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Agradezco al profesor Luis Eduardo Suárez, de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, los comentarios y correcciones hechos al presente artículo.

"I WILL SHOW YOU SOME DIFFERENCES"
—The Problem of Understanding
in the Second Wittgenstein—

TATIANA BALISTRERI*

ABSTRACT

From the analysis of the psychological processes of understanding, this paper seeks to show how philosophy in the second Wittgenstein consists, first and foremost, of the description of particular items.

This study is divided into two parts. In the first one, arguments are given which make it obvious that a definition of the term "understand" is impossible. In the second part, some instances are studied which reveal the tendency to explain the phenomenon of understanding as a mental process, a grave error in Wittgenstein's sight.

This text meant to be an example of the philosophical method proposed by Wittgenstein, and not a mere attempt to point out the problems inherent in it.

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

La filosofía, tal como nosotros utilizamos la palabra, es una lucha contra la fascinación que ejercen sobre nosotros las formas de expresión..

LUDWIG WITTGENSTEIN

A Alessandra Merlo

INTRODUCCIÓN

SÍ, HAY FORMAS DE EXPRESIÓN que nos fascinan y que nos hunden también en terribles profundidades filosóficas de las cuales es casi imposible sustraernos.

"No, no es esto lo que yo quería decir".

"Sí, entendí pero no puedo explicarlo".

"Yo me refería a otra cosa".

"Tengo una idea en la cabeza, pero no se cómo expresarla".

Éstas, como muchas otras expresiones que hacen parte de nuestro lenguaje ordinario, revelan una manera particular de concebir el lenguaje mismo. Si digo por ejemplo, "No, no era esto lo que yo quería decir en absoluto", en cierto sentido supongo que hay un significado oculto, que tal vez está en mí y que infortunadamente no he podido expresar de modo apropiado; que mi pensamiento se halla en un *lugar*, mi mente, por ejemplo, y la palabra es simplemente un vehículo que posibilita el tránsito de lo mental a lo verbal, de lo pensado a su expresión verbal.

Justamente, la incompreensión de tales formas de expresión ha llevado a los filósofos, según Wittgenstein, a formular una serie de hipótesis que son más bien ficciones metafísicas, y que, lejos de dar luces sobre la naturaleza de aquello que pretenden explicar, nos hunden en oscuridades mayores que aquellas en las que nos encontramos. Tal es el caso de la formulación de un *mecanismo* o *proceso mental* anterior a las palabras, que daría cuenta de cómo es posible el pensamiento, o de, por ejemplo, un fenómeno como la comprensión.

El propósito de este artículo es mostrar cómo la lucha contra la fascinación que ejercen sobre nosotros ciertas formas de expresión toma, en Wittgenstein, la forma de un *método descriptivo* que resalta las diferencias y rehuye las similitudes; de hecho, la filosofía no debe pretender trazar líneas precisas que fijen el significado de las palabras en una definición, porque la noción de significado como uso hace imposible, por cierto, dar definiciones invariables y unívocas.

En su libro *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, K. T. Fann cuenta que el autor de las *Investigaciones* había pensado como lema para ellas una cita del *Rey Lear* que reza: "Te enseñaré diferencias"¹.

Aunque desconocemos las razones por las cuales Wittgenstein prescindió de tal cita, quisiéramos recuperar, en lo posible, y no sin el temor de traicionarlo, el sentido de esa frase "Te enseñaré diferencias": enseñar o mostrar diferencias, un lema para una nueva filosofía, o mejor, para un nuevo método de hacer filosofía. De hecho, de lo que se trata en las *Investigaciones*, es de disolver los viejos problemas, las nieblas mentales en las cuales se ha sumido la tradición filosófica, ya no a través del análisis de las proposiciones, de la descomposición de éstas en proposiciones elementales cuyos nombres se refieran a objetos simples, a la manera del *Tractatus*, sino a través de la distinción, a través de la recuperación de aquello que los filósofos más han rechazado: el caso particular.

¡*No pienses, mira!*, nos dice Wittgenstein en repetidas ocasiones. Una filosofía que mira, que describe, que no intenta ni explicar ni *reducir algo a algo*; una filosofía que está en contravía con la antigua tendencia —señalada abiertamente en el "Cuaderno azul"— "(...) a buscar algo común a todas las entidades que usualmente incluimos bajo un término general", y que él mismo ha querido llamar "ansia de generalidad"². Una filosofía que, en palabras del filósofo italiano

1. FANN, K. T., *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 72.

2. WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Los cuadernos azul y marrón*, Tecnos, Madrid, 1993, p. 45. Más claramente Wittgenstein explica tal tendencia como la búsqueda de una propiedad común a ciertos casos particulares. Para la filosofía tradicional la bondad y la belleza serían, por ejemplo, propiedades comunes a las cosas buenas y bellas —o *ingredientes* de ellas— que, además, nos "autorizarían" a buscar la bondad o la belleza puras. (Las referencias al "Cuaderno azul" —de ahora en adelante CA—

Franco Rella, pretende "roturar" el lenguaje en un largo recorrido por los usos y las prácticas lingüísticas, una filosofía que pretende "arar a lo largo de todo el lenguaje" como afirmara el mismo Wittgenstein en las *Observaciones a La rama dorada de Frazer*³.

Para nuestro propósito nos detendremos en la reflexión que Wittgenstein hace sobre el *proceso psicológico de la comprensión*, puesto que ahí encontramos plasmada, de una manera clara, la batalla contra esa niebla mental que suele ensombrecer nuestro uso ordinario del lenguaje y que ha hecho de la filosofía un universo de paradojas y falsas creencias, como también, y sobre todo, esa estimación de los casos particulares o concretos que representa una manera completamente distinta de hacer filosofía.

Por lo tanto, no nos ocuparemos tanto de dilucidar ciertas formas de expresión atinentes al problema de la comprensión —habría infinitas y la selección nunca dejaría de ser arbitraria—, cuanto de analizar casos particulares en donde el proceso de comprender siempre se revela de una manera diferente. A cada caso podrían, repetimos, corresponder muchas formas de expresión y su análisis aunque realmente interesante, superaría los límites de nuestro ensayo. Establecer cuáles expresiones se acomodarían a cuáles casos es un trabajo todavía por hacer y aquí sólo pretendemos invitar a que alguna vez se haga. Nuestra pretensión va dirigida a ilustrar una manera de hacer filosofía que, pese a haber tenido gran influencia en nuestro siglo —años cincuenta y sesenta—, en nuestra opinión no ha sido valorada del todo.

Hemos dividido nuestro ensayo en dos partes, atendiendo más a una cuestión de claridad expositiva y metodológica, que a una división real del problema. En la primera parte nos ocuparemos de algunos casos que ilustran la imposibilidad de dar una definición única del término *comprender*, y en la segunda de los casos que evidencian

indicarán el número de la página; cuando se trate del "Cuaderno marrón" —CM— harán alusión al párrafo —§—).

3. WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 64. Más precisa, o al menos más pertinente para la tarea que nos ocupa, parece ser la traducción "roturar el lenguaje" usada por FRANCO RELLA, en *El silencio y las palabras*, Paidós, Barcelona, 1992.

que la suposición de un *estado, proceso o mecanismo mental* que pueda ser identificado con el fenómeno de la comprensión, tiene más el carácter de una ficción metafísica que de una hipótesis científica

1. LA INDEFINIBILIDAD DEL TÉRMINO COMPRENSIÓN

AL INICIO del "Cuaderno azul", Wittgenstein afirma que para esclarecer el problema de qué es el significado de una palabra, para estudiar su gramática, es necesario estudiar la gramática, por ejemplo, de la expresión "explicación de significado" (CA, p. 27) y que tal estudio tiene como fin evitar "la tentación de buscar en torno de uno algún objeto al que se podría llamar 'el significado'" (*Ibidem*). Del mismo modo, si queremos establecer qué es la *comprensión*, debemos atender a muchos de los casos en los cuales afirmamos, o bien que alguien ha comprendido, o que nosotros mismos lo hemos hecho, esto es, al uso de la palabra dentro de ciertas prácticas o juegos de lenguaje.

En principio, tomaremos el ejemplo que Wittgenstein propone en la *Gramática filosófica*⁴.

1.1. La lista de palabras

A UNA PERSONA le es dada, en primer lugar, una lista de palabras que incluye primero palabras de su lenguaje nativo —dentro de éstas hay unas de uso cotidiano común, otras que hacen parte del habla infantil, "mesa", "casa", "hombre" y otras son términos técnicos más o menos comunes—, segundo, palabras de lenguajes extranjeros que le son más o menos familiares y, por último, palabras de lenguajes completamente desconocidos —que pueden ser inventadas justamente para este propósito—.

La persona, cuando le sea dicha alguna de las palabras de estos tres grupos, debe decir "sí" o "no" conforme a que la haya comprendido o no .

4. WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Gramática filosófica*, traducción de Luis Felipe Segura, Unam, México, 1992, §32 (de ahora en adelante GF).

El experimento mostrará que la persona, si posteriormente es incitada a recordar qué sucedía en su mente cuando comprendía o no, no podrá subsumir en un sólo hecho todo aquello que le sucedió. En algunas ocasiones, la palabra le pudo parecer inmediatamente comprensible o incomprensible, es decir, sin darse cuenta de que sucedía algo distinto a oír la palabra y decir "sí" o "no"; en otras pudo haber recordado, por ejemplo, un gesto de una persona cuando, en el pasado, pronunciaba justamente esa palabra; finalmente, frente a una palabra que le pareció extraña, pudo intentar traducirla a otra lengua o construir el significado a través de su etimología.

Así pues, lo que vemos en este caso es la imposibilidad de dar una definición de la actividad de comprender. Otros actos de comprensión también lo confirman: comprender un poema, comprender una palabra que nos es dada junto con su sinónimo, comprender una frase de una novela cualquiera cuando la abrimos al azar y comprender la misma frase dentro del contexto de la narración.

En el caso del poema, lo comprendemos en la medida en que ninguna de las palabras puede ser sustituida por otra, esto es, en la medida en que vemos que lo expresado allí, no podría ser dicho de otra forma: cambiar o traducir alguna de sus palabras alteraría su significado. Todo lo contrario ocurre en el caso siguiente, en el cual entendemos una palabra porque también nos es dado un sinónimo de ella que nos es familiar, o una frase que podemos reemplazar perfectamente por otra sin alterar su sentido.

Hablamos de entender una oración en el sentido en que ésta puede ser sustituida por otra que diga lo mismo; pero también en el sentido en que no pueda ser sustituida por ninguna otra (Como tampoco un tema musical se puede sustituir por otro)⁵.

En cuanto al ejemplo de la frase de la novela⁶, puede decirse que la frase, si es tomada de un modo independiente, se comprende sólo en la medida en que es una oración en la lengua que hablamos, es decir, se comprende tan sólo porque dominamos un lenguaje; sabemos

5. WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Investigaciones filosóficas*, traducción de Alfonso García y Ulises Moulines, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Unam-Editorial Crítica, Barcelona, 1988, §531. (De ahora en adelante *IF*).

6. *GF*, §5.

de qué forma puede ser usada e incluso podemos inventar un contexto para ella. Pero si estuviéramos leyendo el relato, ciertamente la comprenderíamos de una manera diferente, en tanto que estaríamos familiarizados con el conexto.

1.2. La analogía entre comprender y esperar

TODAVÍA en el "Cuaderno azul", a propósito de este tema de la comprensión, Wittgenstein establece una analogía bastante interesante, entre el acto, o mejor los actos, de comprender y los actos incluidos en la conducta de *esperar* a alguien; cuando esperamos a una persona en un lapso de tiempo determinado, de 4 a 4:30 por ejemplo (CA, p. 48), podemos notar cómo realizamos diferentes actividades tales como consultar la agenda, preparar el té, colocar cigarrillos sobre la mesa, etcétera, y cómo, aunque tales actividades estén acompañadas por la sensación particular de la espera, "la expectación", ninguna puede ser señalada como el *esperar* puesto que no hay ninguna característica común a todas ellas. Lo único que puede decirse es que tales casos o actividades "forman una familia y tienen aires de familia que no están claramente definidos"⁷.

Pese a esto, la tendencia de la filosofía parece ir en una dirección completamente opuesta. Para el problema que nos ocupa, es frecuente entre los filósofos creer que es posible dar una definición de la *comprensión*, porque de todas formas hay experiencias a las que podemos llamar y en efecto llamamos con el mismo nombre. Además, y éste es otro prejuicio de la filosofía, creemos que la definición goza de mayor perfección que el caso particular en la medida en que es más completa. Pero, ¿realmente podemos decir esto?, se pregunta Wittgenstein. ¿Podemos, por ejemplo, afirmar que un juego que contenga al ajedrez es más completo que el mismo ajedrez? (CA, p. 47). Obviamente no. Entonces, ¿por qué sentir insatisfacción cuando al estudiar la gramática de palabras como comprender, significar, de-

7. Cabe recordar aquí, la manera en que Wittgenstein en las *IF* (§65-67) introduce la noción de *parentescos de familia* a propósito de la imposibilidad de decir qué es lo esencial de un juego de lenguaje y del lenguaje mismo: "En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos —sino que están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos 'lenguajes'" (§65).

sear, esperar *sólo podemos describir casos de comprensión, pensamiento, etcétera, y no podemos, en cambio, dar una clase definida de características que tipifiquen todos los casos de comprender, deseear, etcétera?* Además, agrega Wittgenstein,

(...) si lo que se quiere dar es una definición de deseear, es decir, trazar una frontera precisa, cada uno es libre de trazarla como quiera; y esta frontera no coincidirá nunca enteramente con el uso efectivo, *ya que este uso no tiene frontera precisa* (CA, p. 47. El subrayado nuestro).

Se nos podría objetar, sin embargo, que con los casos que hasta aquí hemos presentado no hemos demostrado que no haya una actividad típica del comprender, pues lo único que hemos hecho ha sido mostrar que en situaciones particulares, como comprender una lista de palabras o comprender un poema o, incluso, esperar a alguien —lo cual, además, parece no tener nada que ver con el comprender—, realizamos diferentes actividades, ninguna de las cuales nos puede servir para dar con la esencia de la comprensión. Es decir, se nos podría replicar que el hecho de que nosotros podamos comprender una palabra de diferentes maneras no implica que no se pueda hablar de una "esencia" del comprender, dado que la palabra *comprensión* la utilizamos para muchos casos de manera legítima y por ende, aunque distinta en sus casos particulares, tiene que ser posible dar una definición que reúna todo lo que es común a cada una de esas situaciones particulares. Por ejemplo, y retomando la analogía, si en el caso de esperar a alguien "todas las actividades descritas están acompañadas por una sensación particular, por una tensión; y es natural usar la palabra 'expectación' para referirse a esta experiencia de tensión" (CA, p. 48), entonces sí podemos hablar de una "sensación de expectación", sobre todo si tenemos en cuenta que no sólo hablamos en nuestro lenguaje ordinario de *esperar a alguien*, a Pedro por ejemplo, sino que hablamos también de *esperar* en general.

Wittgenstein responde que ciertamente podemos hablar de una sensación particular de esperar a Pedro, que incluso "puede haber buenas razones prácticas para usar tal expresión" (CA, p. 49). —¿Cómo podríamos aspirar a ser alguna vez comprendidos o a comprender si no creyéramos que las palabras tienen significados precisos? ¿Cómo

podría yo pretender decir "No, no puedo estudiar ahora contigo porque estoy esperando a Pedro?"—8. Pero lo que sí es absolutamente incorrecto, es suponer que la palabra "Pedro" de la expresión "Esperar a Pedro" pueda ser cambiada por cualquier otra y que en consecuencia podamos hablar de un "Esperar a x"; explicar el significado de "Esperar a Pedro", o más exactamente de "Esperar que vendrá Pedro", no explica el significado de la expresión "Esperar que vendrá x", no es un valor de una función "Esperar que vendrá x"⁹.

Del mismo modo, aunque a muchas actividades las llamemos *comprender*, ninguna puede caracterizarse como la función de la cual todas las otras no son más que valores. Es decir, no hay una expresión "Comprender x", como tampoco una expresión "Esperar que vendrá x" que pueda ser señalada como *esencia* del comprender y de la cual las otras no sean más que ejemplos, aplicaciones o casos particulares.

Hay, repetimos, diferentes modos de comprensión y jamás se puede abandonar el *caso particular* si nuestro interés es establecer el significado de la palabra, significado que yace en los diferentes usos que hacemos de ella.

Pero entonces, ¿nos veremos obligados a decir que hay tantos significados de la palabra *comprender* como usos se hacen de ella? De ser así, alguien nos podría replicar, un esencialista por ejemplo, que el mundo del lenguaje estaría no sólo muy poblado sino que además no habría nada estable, nada de lo cual asirse y la comunicación no sería algo más que una falacia, pues cada quien podría decir

8. Vale la pena señalar aquí que Wittgenstein, a diferencia de Austin, consideraba que el lenguaje ordinario estaba bien; no se trataba de modificarlo sino más bien de ver cómo ciertas expresiones suyas habían dado lugar a pseudoproblemas filosóficos. El sentido común y el lenguaje que le es propio se constituían una vez más, aunque con un sentido diferente en cada uno de ellos, en los grandes rivales de la filosofía. (Para la concepción de Austin del lenguaje ordinario, véase por ejemplo "A Plea for excuses", en *Twentieth-Century Philosophy. The Analytic Tradition*, edited by Morris Weitz, New York, 1966, pp. 335-336).

9. Recuérdese la comparación que Wittgenstein hace con la expresión "enfermedad de Bright", en la cual la palabra "Bright" puede tener papeles distintos. La "enfermedad de Bright" puede denotar un tipo particular de enfermedad como también la enfermedad de un señor llamado Bright, que puede ser bien distinta del tipo de enfermedad al cual nos referimos con "enfermedad de Bright" y, por tanto, no estamos autorizados en absoluto para hacer la una extensiva a la otra (CA, p. 49).

que entiende la palabra a su manera, y que el significado que tiene para sí es distinto del significado que tiene para los otros.

Es pertinente señalar aquí que los diferentes usos de la palabra *comprender* constituyen su significado, constituyen el concepto o mejor, la noción de comprensión, aunque esto no implique que todos los casos deban tener algo en común, un "ingrediente" o "propiedad" que pueda ser llamado su esencia. Los diferentes casos están *emparentados* los unos con los otros, por lo cual o bien pueden ser muy semejantes entre sí o muy diferentes pero conservando, claro está, el *aire de familia*.

Esto, por lo demás, salva de cualquier atribución de relativismo a la noción de significado, visto también que las *palabras cumplen sus funciones dentro de ciertos juegos de lenguaje y nunca fuera de ellos*. Así, por ejemplo, en el caso de un jugador de ajedrez que le coloca una corona de papel al rey blanco y le dice a su oponente que esa corona tiene para él un significado en el juego aunque no lo pueda expresar mediante reglas, la contraobjeción que se le puede hacer es que en tanto que tal "corona" no altera el uso de la pieza dentro del juego del ajedrez, no tiene, propiamente, lo que se llama un significado (CA, p. 99).

Esto quiere decir que los significados no son ni arbitrarios ni prescindibles. Tienen su validez en la medida en que hacen parte de un juego de lenguaje, que, como todo juego, tiene sus reglas precisas.

El lenguaje es fluido, las palabras que lo componen no poseen contornos precisos¹⁰; esto es, no poseen significados unívocos. Una misma palabra puede tener muchos y variados significados conforme al juego del que haga parte. El lenguaje nunca es completo, nuevos significados surgen y desaparecen con las prácticas lingüísticas y las formas de vida; puede ser visto incluso como "una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes" (IF, §18);

10. Véase por ejemplo GF §5, donde Wittgenstein habla de la "fluidez" del concepto de comprensión.

pero ello no impide que sus palabras tengan funciones precisas dentro de ciertos juegos de lenguaje, que sean como las herramientas de una caja: que parezcan uniformes pero que sus funciones sean completamente diferentes.

2. EL PROCESO MENTAL: UNA FICCIÓN METAFÍSICA

OTRA CONFUSIÓN, también muy generalizada, consiste en considerar que la comprensión, aunque acompaña acciones como el habla, la audición, la escritura o la lectura del lenguaje, está separada de ellas y que bien puede consistir en un *mecanismo* o *proceso* de tipo mental al cual justamente deberemos atender si queremos explicar el fenómeno de comprender.

Es decir, que es pensable la comprensión como un proceso psicológico independiente de una conducta que revele el haber comprendido. Tal concepción contiene, si se la analiza bien, una de las tesis que Wittgenstein más quiso combatir y según la cual si suponemos que la comprensión es un proceso psicológico anterior a la aplicación de la comprensión, y que si logramos establecer qué tiene en común, en cuanto proceso mental con otras actividades que también llamamos comprender, daremos finalmente con su definición. La posición de Wittgenstein, completamente anticartesiana, es que palabras como *comprender* u otras que se le parezcan —*entender, captar, pensar, etcétera*—, no denotan ningún proceso mental. Cuando yo entiendo una palabra no es porque en mí se haya dado un proceso psicológico α y cuando no la entiendo es porque faltó tal proceso psicológico α . El único criterio para juzgar si alguien o yo misma he comprendido, es el criterio conductual.

Trataremos ahora de exponer algunos casos.

2.1. La bola amarilla y el 'azul prusia'

YO LE DOY A ALGUIEN la orden de buscar, entre diferentes objetos, una bola amarilla. En esta ocasión, todos tenemos la tendencia a pensar que la persona, antes de ejecutar la orden, debió imaginar algo amarillo cuando la comprendió (CA, p. 39), que hay un proceso o un *mecanismo* —tal vez *espiritual* por cuanto es imperceptible para

otros— que acompaña al actuar siguiendo la orden y, que en este caso, radica en formar una imagen ante el "ojo de la mente". Afirma Wittgenstein que esto no es necesario, y lo demuestra el hecho de que si yo cambio la orden por "imagina una mancha amarilla" no se puede afirmar que primero la persona imaginó una mancha amarilla para comprender la orden y luego imaginó una mancha amarilla.

Tampoco es necesario que se deba ver una imagen de color azul cuando se lee la palabra *azul* y se la comprende. De hecho, la persona pudo haber visto ante sí la imagen del color y ejecutar erróneamente la orden de escoger un objeto azul entre otros (*GF*, §40).

Además, puede ocurrir que aunque efectivamente sí nos venga a la mente la imagen de un color cuando leemos la palabra o nos la dicen, en el caso de que nos digan *azul prusia* no podremos recurrir a ninguna imagen mental y nos veremos obligados a buscar en una tabla. Por lo tanto, no siempre que nos dicen un color tiene que venirnos a la mente una imagen. ¿O es que la tabla es tan sólo un sustituto de la imagen mental que yo me habría podido hacer si conociera el *azul prusia*?

Ciertamente no. Wittgenstein considera que al sustituir la imagen visual —mental— por la visión real de un trozo de papel, lo que vemos es que la imagen no explica nada, que lo mental —las imágenes, las figuras...— no puede definir el significado de una palabra; no es parte del significado de la palabra *comprender* en sus múltiples maneras de ser usada: si tenemos que explicar cómo alguien sabe lo que significa *amarillo* o *azul* o *rojo* entonces también tenemos que explicar cómo sabe que tal imagen —mental o física— es amarilla o azul o roja.

Aunque una figura o una imagen mental nos vengan a la mente cuando comprendemos una palabra que oímos o leemos, éstas no pueden ser señaladas como aquello que nos compele —al menos lógicamente— a un uso determinado, ni como aquello en lo cual radica el fenómeno de comprender.

2.2. El árbol

CABE RECORDAR AQUÍ el ejemplo dado por Wittgenstein en *GF* (§34):

Oigo una palabra y alguien me pregunta: '¿la comprendiste?' y yo respondo de acuerdo con la verdad: 'sí'. ¿Qué sucedió cuando comprendí? ¿Cómo se diferencia esta comprensión de lo que sucede cuando no comprendo la palabra? Supóngase que la palabra era 'árbol' ¿Debe aparecer en mi mente la imagen de un árbol para que yo pueda decir, de acuerdo con la verdad, que he comprendido la palabra? No, y tampoco alguna otra representación. Todo lo que puedo decir es que si se me hubiera preguntado "¿comprendes la palabra 'árbol'?", habría respondido 'sí', sin dudar y sin mentir. Si además se me hubiera preguntado '¿y qué es un árbol?', hubiera descrito uno, lo hubiera mostrado o dibujado; pero quizá habría respondido: 'lo sé, pero no lo quiero explicar'. Y puede ser que al dar mi respuesta apareciera en mi mente la imagen de un árbol, o tal vez me vinieran otras palabras a la mente, etcétera.

2.3. La serie

VEAMOS DETENIDAMENTE el caso de continuar una serie, puesto que creemos que con él se puede aclarar primero, por qué con frecuencia consideramos que continuar una serie es la aplicación de la comprensión, que la comprensión es un estado o un proceso mental del cual surge el empleo correcto y, segundo, por qué para Wittgenstein tal creencia es totalmente errada.

A Pedro le ha sido dada la orden de continuar una serie, la de los números naturales en el sistema decimal. Una de las formas para que Pedro aprenda a entender este sistema es que se le hayan escrito series de números como muestras y se le haya invitado a copiarlas. La posibilidad de la comprensión radica en que Pedro después pueda continuar escribiendo de manera independiente. Si lo hace sin regla alguna, revela no haber comprendido y si hace una falta sistemática, creemos que Pedro ha entendido, sí, pero incorrectamente.

Wittgenstein sugiere aquí algo muy interesante, y es que entre una falta carente de regla y una falta sistemática no hay una frontera definida, lo cual es como decir que entre no comprender y compren-

der incorrectamente no hay una diferencia nítida. Lo que sí podemos distinguir claramente es *comprender* de *no comprender*, pero no porque en uno exista un proceso mental que falta en el otro sino porque —en el caso de la serie— Pedro comprende cuando sigue la serie correctamente y no comprende cuando no la sigue, sea porque comete una falta sistemática o porque continúa sin regla alguna (*IF*, §143).

Supongamos que Pedro es muy diligente y que continúa la serie tal y como se esperaba. Diremos que él ha comprendido si puede continuar la serie repetidas veces y no si lo hace correctamente una vez entre muchas. La pregunta que surge ahora es si se puede indicar un límite para indicar que él continúa la serie correctamente (*IF*, §45).

Pedro ahora está siguiendo la serie 2, 4, 6, 8... ¿Hasta qué número debe escribir para que nosotros podamos decir que ciertamente él ha entendido? ¿Hasta el 10.024? Para cualquier persona saltaría a la vista que no, pero por razones diferentes a las que Wittgenstein dará. La persona supondrá que interiorizar el sistema, o entenderlo, "no puede consistir en continuar la serie hasta *este* o *aquel* número"; que "*eso* es sólo la aplicación de la comprensión"; que "La comprensión misma es un estado *del cual* brota el empleo correcto" (*IF*, §146)¹¹.

Según Wittgenstein, de ser así las cosas, una persona podría decir, y este es un gran error, que entiende una serie, sin basarse en la experiencia de haber aplicado la fórmula algebraica de una manera u otra. Sería indiferente hasta dónde hubiera desarrollado la serie y *conocería* la aplicación de la ley prescindiendo del recuerdo de aplicaciones efectivas (*IF*, §147).

11. Esto es parecido a cuando una persona dice: "Pero debo comprender una orden para actuar de acuerdo con ella", según lo cual la comprensión sería previa a toda acción que se siguiera de la orden. Wittgenstein reconoce que "La experiencia bien puede mostrar que la conducta específica de la comprensión es una condición previa para la obediencia de una orden", aunque antes ha aclarado que, en el caso en que "comprender una oración" signifique actuar de acuerdo con ella, la comprensión no puede ser la condición para nuestra acción acorde con ella. Debemos recordar, además, que éste es un caso de comprender y que hay otros en los cuales pueden pasar por mi mente diversas interpretaciones, por una de las cuales me decido (*GF*, §8).

Wittgenstein entonces se pregunta: ¿cuándo conocemos esta aplicación, todo el tiempo o únicamente cuando pensamos en la ley de la serie? (*IF*, §148). Este conocimiento, este saber, ¿es como saber el abecedario, es un *estado de conciencia* o un *proceso* —como pensar en algo—, o es un *estado de la mente*?

Repetirnos el abecedario, por ejemplo, puede ser un proceso mental: tiene un comienzo, un medio y un fin; ocurre en el tiempo —lo podemos medir—, se puede interrumpir en una letra, la *R* por ejemplo, puede ser simultáneo al de amarrarme los zapatos, o puede durar más o menos que él.

Sin embargo, cuando digo que sé el abecedario, ¿es por que todo él está presente en mí y sólo tengo que ir sacando cada letra de mi interior como se sacan perlas de una caja? (*GF*, §18). O, para tomar otro caso, digamos el ajedrez, ¿podemos decir que sabemos jugarlo todo el tiempo? ¿O sólo mientras jugamos? "Y conoces todo el juego mientras haces cada jugada?—¡Y qué extraño que saber jugar el ajedrez necesite tan poco tiempo y una partida necesite tantísimo más!" (*IF*, §151, b).

Podríamos decir que cuando se comprende un juego se dan dos fenómenos a la vez: por una parte, el juego se comprende del todo y desde el principio y por otra, la comprensión sólo se manifiesta en el juego mismo, en la aplicación correcta de sus reglas. En todo caso, es un error creer que en cualquier signo está contenida la totalidad de la gramática, que en él están contenidos todos los usos posibles que pueda tener, que la comprensión es algo de lo cual posteriormente extraemos consecuencias, las cuales, existirían "idealmente" antes de sacarse (*GF*, 18), como si el conocimiento fuera un estanque: "y el ejercicio del conocimiento se desborda en forma de agua visible; pensamos que cuando las palabras son entendidas y no simplemente habladas, entonces se emparejan con algo que está dentro de nosotros, en lugar de circular en el vacío"¹².

12. KENNY, ANTHONY, *Wittgenstein*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 130. Véase también *GF* §49,e *IF* §507.

¿Frente a un objeto que resulta completamente desconocido para nosotros, por ejemplo, utilizaríamos acaso una palabra de nuestro uso cotidiano común para designarlo? En principio ciertamente no, por lo menos hasta que descubriéramos que tal objeto cumple también con las funciones que normalmente cumple un objeto que para nosotros es familiar.

En *GF* (§41) Wittgenstein afirma:

Hablamos de comprender (de un proceso de comprensión, o también de un estado de comprensión) e igualmente de ciertos procesos que son criterios de comprensión. Nos gustaría llamar comprensión a un proceso mental o a un estado de la mente. Esto lo caracteriza como un proceso *hipotético*, etcétera, o más correctamente, como un proceso (o estado) en un sentido hipotético.

Un proceso que puede ser similar al de un proceso cerebral. Sin embargo, la diferencia radica en que en el proceso cerebral existe la posibilidad de un control directo —podría observarse si el cráneo fuera abierto o a través de un encefalograma— mientras que en la gramática del proceso mental de comprender, por ejemplo, no hay lugar para una percepción inmediata. Dice Wittgenstein: "No hay tal jugada en este juego" (*GF*, § 41). En otras palabras y como ya lo señalábamos más arriba, para él, los procesos mentales privados, desde el punto de vista "gramatical" no pueden ser objeto de "constatación empírica" y no son explicativos del significado de palabras como "pensar", o "comprender". Wittgenstein es incluso más radical al opinar que una ciencia que pretenda estudiar tales procesos está, en el fondo, equivocada desde el principio.

Lo único que se puede hacer, sin riesgo de caer en falsos problemas —como el de suponer que mente y cuerpo son dos cosas diferentes—, es disolver la cuestión atendiendo a los diferentes usos de las palabras que están en el origen de esas concepciones equívocas, esto es, haciendo un análisis conceptual. La hipótesis de formular un proceso mental de comprensión, es, en realidad, un tipo de ficción metafísica más que una hipótesis científica que se quiera constatar empíricamente; una ficción cuya pretensión es explicarnos la naturaleza del pensamiento pero que lo que hace es sumirnos en oscuridades mayores que aquellas en las que nos encontramos.

Ahora bien; tales ficciones están presentes también en formas expresivas de nuestro lenguaje ordinario. En efecto, Wittgenstein analiza expresiones como "Yo me refería al hombre que ganó la batalla de Austerlitz" o "Tenía tal idea en la cabeza" o "Estaba buscando la palabra justa", expresiones, todas ellas, que revelan que concebimos "*como un lugar*" en el cual retenemos y almacenamos lo que recordamos antes de expresarlo, "que lo que estamos intentando expresar en palabras ya está expresado, sólo que en un lenguaje diferente; que esta expresión está visible ante nuestra vista; y que lo que hacemos es traducir del lenguaje mental al verbal" (CA, p. 72).

O, por ejemplo, cuando escuchamos una frase en un lenguaje que nos es familiar y otra en un lenguaje desconocido para nosotros, normalmente decimos que se dan eventos mentales diferentes y que ellos explican por qué en un caso entendemos y en el otro no; así también creemos erróneamente que cuando una persona conocedora de las reglas del ajedrez está jugando una partida y otra, espectadora, ni siquiera sabe que es un juego, se dan, del mismo modo, eventos mentales distintos. Es probable que así sea, pero en ello no radica la importancia del fenómeno de comprender.

Lo relevante en el primer caso —el de escuchar la frase en un lenguaje familiar—, es que las palabras *comprender* o *significar* se refieren a una reacción psicológica, al fenómeno que se da cuando oigo la oración, y tienen que ver con el hecho de que mi aprendizaje del lenguaje ha determinado la comprensión de ésta, que conozco un lenguaje y este conocimiento me posibilita comprender las frases que dentro de él se puedan estructurar.

Así, en el ejemplo del ajedrez, la diferencia entre las experiencias de alguien que conoce el juego y las de alguien que ni siquiera sabe que es un juego, es el conocimiento. Pero, dice Wittgenstein, la experiencia que la persona tiene no es el conocimiento de las reglas aunque llamemos *comprensión* a ambos, al conocimiento de las reglas y a la experiencia que la persona tuvo al realizar una jugada. Y añade:

La comprensión del lenguaje, como la de un juego, parece como un trasfondo en relación con el cual la oración particular adquiere significado. Pero esta comprensión, el conocimiento del lenguaje, no es un *estado de conciencia que acompañe a las oraciones del lenguaje*. Ni siquiera en el caso en que una de sus consecuencias

fuera un estado de ese tipo. Es más bien como la comprensión, como el dominio de un cálculo, algo similar a poder multiplicar (*GF*, §11).

Ya para terminar, y retomando un poco lo dicho por Wittgenstein en *GF* (§41), podemos afirmar que los criterios que utilizamos para saber si alguien ha entendido, aunque muchos y dependientes del juego de lenguaje en el que esté inscrita la palabra *comprender*, son ciertamente muy distintos de aquellos mediante los cuales decido qué imágenes, qué procesos se suceden en la mente de alguien.

En realidad, respecto de la comprensión, es bastante sencillo que alguien pueda establecer si yo he entendido o no, y los criterios son variados. Pero en cuanto a las imágenes mentales que yo pueda tener o a los procesos mentales a que quiera aludir, no existen propiamente criterios y aunque ellos algunas veces acompañen mis actividades de comprensión, no son jamás el criterio para decir que he comprendido. Podrían, a lo sumo y en algunos casos, ser tan sólo síntomas de mi comprensión, esto es, fenómenos que coinciden en ocasiones con el fenómeno que es nuestro criterio definidor (*CA*, p.53), en este caso, la *comprensión*.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Wittgenstein

WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Gramática filosófica*, Unam, México, 1992.

-----, *Investigaciones filosóficas*, Unam-Editorial Crítica, Barcelona, 1988.

-----, *Los cuadernos azul y marrón*, Editorial Tecnos, Madrid, 1993.

-----, *Los textos fundamentales de Wittgenstein*, recopilación hecha por Gerd Bran, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

-----, *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, Tecnos, Madrid, 1992.

-----, *Osservazionioni sulla filosofia della psicologia*, Adelphi Edizioni, Milano, 1990.

Obras sobre Wittgenstein

AUSTIN, J., "A plea for excuses", en *Twentieth-Century Philosophy. The Analytic Tradition*, Edited by Morris Weitz, New York, 1966.

FANN, K. T., *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, Tecnos, Madrid, 1992.

KENNY, ANTHONY, *Wittgenstein*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

RELLA, FRANCO, *El silencio y las palabras*, Paidós, Barcelona, 1992.